



hallaba Alfonso en posición de aprovecharse de la victoria; porque sus aliados castellanos habían experimentado tales dificultades en atraer á sus vasallos á la causa portuguesa, que lejos de suministrarle los contingentes que esperaba, tenían bastante que hacer con defender sus propios territorios contra los leales parciales de doña Isabel. Al mismo tiempo, numerosos escuadrones de caballería ligera de Estremadura y Andalucía, penetrando en Portugal, llevaban la más terrible devastación á toda la línea de sus desamparadas fronteras, quejándose abiertamente la caballería portuguesa de que se la tenía encerrada en Toro, cuando su mismo país era el teatro de la guerra, y viéndose Alfonso obligado á desprenderse de una gran porción de su ejército para defender sus fronteras, lo cual paralizó enteramente sus futuras operaciones.

Tan profundamente se penetró, en efecto, el monarca de Portugal, por estas circunstancias, de la dificultad de su empresa, que en una negociación pendiente entonces con los soberanos de Castilla, se manifestó dispuesto á renunciar á sus derechos á la corona si le cedían á Galicia y las dos ciudades de Toro y Zamora, y daban además una suma considerable de dinero. Dicese que D. Fernando y sus ministros hubieran aceptado la proposición; pero doña Isabel, aunque se avenía al pago de la suma propuesta, no quiso consentir en que se desmembrase una sola pulgada del territorio de Castilla.

Entretanto, la reina, igualmente que su marido, sin desmayar por los pasados reveses, procuraban con toda actividad la reorganización de su ejército bajo una base más sólida; y para conseguir este objeto, se hacía preciso un nuevo subsidio de dinero, porque el tesoro del rey Enrique, que les había sido entregado por Andrés de Cabrera, en Segovia, se había ya consumido en las operaciones anteriores. El anciano rey de Aragón les aconsejaba que imitando á su antepasado Enrique II, de gloriosa memoria, hiciesen liberales concesiones y enajenaciones en favor de sus súbditos, las cuales podían recobrar, como quisieran, cuando estuviesen más asegurados en el trono; pero doña

Isabel quiso mejor confiarse al patriotismo de su pueblo, que recurrir á tan indigna estratagemas. Al efecto, convocó las Cortes para el mes de Agosto, en Medina del Campo; y como la nación había quedado reducida á extrema pobreza en el último reinado, para que pudiese sufrir nuevas exacciones, se propuso un medio extraordinario para levantar los fondos necesarios, y fué, que entrase en las arcas reales la mitad de la plata que poseían todas las iglesias del reino, y que había de redimirse en el término de tres años, mediante la suma de treinta cuentos de maravedises. El clero, que en general, se adhirió á la causa de doña Isabel, lejos de oponerse á tan atrevida proposición, procuró vencer la repugnancia que hacía ella manifestaba la reina, con argumentos y textos de la Sagrada Escritura; rasgo de desinterés por parte de esta clase, muy raro á la verdad, en aquella época y en aquel país, y que manifiesta una noble confianza en la buena fe de doña Isabel, la cual se manifestó digna de ella por la puntualidad con que verificó la redención.

Así, provistos de los necesarios fondos, dedicáronse los soberanos á sacar nuevas levas, y á sujetarlas á mejor disciplina, igualmente que á proveer á su equipo de un modo más conveniente á las exigencias del servicio, que lo que se había hecho con el ejército anterior. Consumióse el resto del verano y el otoño siguiente en estos preparativos, así como también en poner las plazas fuertes en mejor estado de defensa, y en reducir las que contra ellos se habían levantado. El rey de Portugal, en el interin, permanecía en Toro con su ejército aminorado, haciendo tan solamente una salida en socorro de sus parciales, la cual frustró la incesante vigilancia de doña Isabel.

A principios de Diciembre pasó D. Fernando desde el sitio de Burgos, en Castilla la Vieja, á Zamora, cuyos habitantes manifestaban deseos de volver á su antigua obediencia; y con la cooperación de los ciudadanos y sostenido además por un gran destacamento de sus mejores tropas, se preparó á atacar el castillo. Como la posesión de este punto por su enemigo interceptaría por completo las comunicaciones de Alfonso con su propio reino, determinó



socorrerle á toda costa, y con este objeto despachó un enviado á Portugal, encargando á su hijo, el príncipe D. Juan, que viniese á reforzarle con cuanta gente pudiera de pronto levantar. Todos esperaban ya con ansiedad una batalla decisiva que pusiese término á los males de tan prolongada guerra.

El príncipe portugués, habiendo reunido á duras penas un cuerpo de ejército que constaba de dos mil lanzas y ocho mil peones, tomó un rodeo al Norte, por Galicia, y se reunió en Toro con su padre el día 14 de Febrero de 1476. Alfonso, viéndose con este refuerzo, dirigió un pomposo manifiesto al papa, al rey de Francia, á su propio reino, y á sus aliados de Castilla, en que anunciaba su intención de prender al usurpador ó de arrojarle del reino; y habiendo provisto primero á la seguridad de la ciudad, dejando en ella una fuerte reserva, en la noche del día 17 sacó fuera el resto de su ejército que no excedería probablemente en mucho de tres mil quinientos caballos y cinco mil peones, bien pertrechados de artillería y arcabuces, arma esta última, cuya construcción era todavía tan tosca é imperfecta que no había sustituido aún enteramente á los antiguos instrumentos de guerra que en Europa se usaban. El ejército portugués, atravesando el puente de Toro, siguió su marcha por la orilla meridional del Duero, y llegó á Zamora, distante unas cinco leguas antes de romper el día.

Cuando amaneció, quedaron los castellanos sorprendidos al ver las flotantes banderas y resplandecientes armaduras del enemigo al otro lado del río, al mismo tiempo que los disparos de la artillería les anunciaban de un modo aún menos dudoso su presencia; pero apenas podía D. Fernando creer que el monarca portugués, cuyo manifiesto objeto era socorrer el castillo de Zamora, hubiera elegido una posición tan evidentemente desventajosa para su propósito. Con efecto; la interposición del río entre él y el castillo situado en la extremidad septentrional de la ciudad, la impedía el auxiliarle, ya introduciendo refuerzos, ya destruyendo el ejército castellano; porque éste, atrincherado con seguridad, relativamente al enemigo, dentro de los muros y casas de la ciu-

dad, y posesionado de algunas posiciones elevadas, bien guarnecidas de artillería, podía hacer á sus adversarios mucho mayor daño que el que de ellos podía recibir. Los soldados de don Fernando, aun expuestos al doble fuego del castillo y de los sitiadores, hubieran venido con estos á las manos de muy buena gana; pero el río, crecido con las avenidas del invierno, no estaba vadeable, y el puente, única entrada recta á la ciudad, estaba enfilado por la artillería del enemigo de tal modo, que hacía enteramente imposible toda salida por aquella parte. Durante este tiempo, los escuadrones de caballería ligera de doña Isabel, haciendo correrías por los alrededores del campo portugués, le interceptaban los víveres, y muy pronto le redujo á la mayor escasez. Esta circunstancia, unida á las noticias de que avanzaba rápidamente nuevas fuerzas en auxilio de D. Fernando, determinaron á Alfonso, contra lo que todos esperaban, á retirarse inmediatamente; y en consecuencia de esta determinación, en la mañana del día 1.º de marzo, cuando no habían pasado aún quince días desde que principió este vano alarde, el ejército portugués abandonó la posición que ocupaba delante de Zamora, con el mismo silencio é igual celeridad con que le ocupara.

Las tropas de D. Fernando hubieran querido dar inmediato alcance al enemigo, pero éste había cortado la cabeza meridional del puente, antes de su retirada, de modo, que aunque unos cuantos pasaron en barcas, el cuerpo principal del ejército tuvo por necesidad que detenerse hasta que se hicieron los precisos reparos, en los cuales se emplearon más de tres horas. A pesar, por lo tanto, de toda su diligencia, y de dejar atrás la artillería, no lograron dar alcance al enemigo hasta las cuatro de la tarde, cuando éste pasaba por un estrecho desfiladero, formado por una cordillera de escarpadas rocas por una parte, y por otra por el Duero, y distante unas tres leguas de Toro.

Reunióse entonces un consejo de guerra para deliberar sobre la conveniencia de un ataque inmediato. Objetóse por una parte que la fuerte posición de Toro cubriría perfectamente la retirada de los portugueses en caso de una



derrota; que éstos recibirían inmediatamente nuevas tropas de refresco de la ciudad, que los daría superior ventaja sobre las tropas de don Fernando, fatigadas por una penosa marcha y por falta de alimento, pues ninguno había tomado desde por la mañana, y que la celeridad con que la habían emprendido les había obligado, no sólo á dejar la artillería, sino también una gran parte de la infantería pesada, á retaguardia: pero á pesar de la fuerza de estas razones, tal era el ánimo de las tropas y su deseo de venir á las manos, avivado por la vista de la presa, que después de un fatigoso alcance parecía próxima á caer en su poder, que se convino en que esto era más que suficiente compensación por cualquiera otra desventaja física, y el consejo se decidió por la afirmativa en cuanto á la batalla.

Cuando el ejército castellano salió del desfiladero á una llanura extensa y despejada, se encontraron con que el enemigo había hecho alto y se hallaba ya formando en orden de batalla. El rey de Portugal mandaba el centro; el arzobispo de Toledo el ala derecha, que apoyaba su extremidad en el Duero, y la izquierda, compuesta de los arcabuceros y de la caballería, estaba al mando del hijo del monarca, el príncipe D. Juan. La fuerza numérica de los dos ejércitos, aunque algún tanto se inclinaba á favor del portugués, era casi igual por ambas partes, ascendiendo probablemente á unos diez mil hombres escasos por cada una, y siendo caballería la tercera parte próximamente de este número. Colocóse D. Fernando en el centro, al frente de su rival, teniendo al almirante y al duque de Alba á su izquierda, y el ala derecha, distribuida en seis batallones ó divisiones, al mando de sus respectivos comandantes, se hallaba sostenida por un destacamento de hombres de armas de las provincias de Leon y Galicia.

Por esta parte principió la acción. Los castellanos dando su grito de guerra de *Santiago y San Lázaro*, avanzaron sobre el ala izquierda del enemigo, al mando del príncipe D. Juan, pero fueron recibidos con un fuego tan vivo y certero por sus arcabuceros, que desconcertaron sus filas, y cargando sobre ellos al mismo

tiempo los hombres de armas portugueses, aumentaron su confusión y les obligaron á retirarse precipitadamente al desfiladero que á retaguardia tenían, en donde sostenidos por algunos destacamentos de refresco de la reserva, los rehicieron nuevamente, aunque no sin dificultad, sus oficiales, y volvieron de nuevo á la batalla. En el interin, cerró D. Fernando con el centro enemigo, y la acción se hizo muy pronto general en toda la línea, peleándose con redoblado furor en el punto en que la presencia de los dos monarcas infundía nuevo ardor en sus soldados, los cuales combatían como á sabiendas de que esta batalla iba á decidir de la suerte de sus señores. Rotas al primer encuentro las lanzas, mezcladas las divisiones, y peleando los hombres cuerpo á cuerpo con sus espadas, con una furia excitada por la antigua rivalidad de las dos naciones, era la contienda, más que de habilidad, de fuerza física.

El estandarte real de Portugal quedó hecho trizas, intentando los unos apoderarse de él y los otros conservarle, y el valiente abanderado Eduardo de Almeida, después de haber perdido en su defensa, primero el brazo derecho y después el izquierdo, lo cogió fuertemente con los dientes hasta que cayó á los golpes de los que le acometían. En los tiempos de Mariana se veía aún en la catedral de Toledo la armadura de este caballero, en donde se conservaba como trofeo de este acto de desesperado heroísmo, que trae á la memoria otro semejante mencionado en la historia griega.

El anciano arzobispo de Toledo y el cardenal Mendoza, que como su rival, había cambiado el báculo por la coraza, fueron vistos en este día en lo más recio de la pelea. Las guerras santas contra los infieles perpetuaron entre los españoles el espectáculo poco decoroso de los eclesiásticos guerreros hasta tiempos muy modernos, y mucho después de que hubiese desaparecido del resto de la Europa civilizada.

El valor de las tropas castellanas prevaleció finalmente después de un reñido combate que duró más de tres horas, y se vió á los portugueses retirarse en todas direcciones; y como



el duque de Alba consiguió flanquearlos mientras que con tanto vigor eran acometidos por el frente, se aumentó más y más el desorden, convirtiéndose muy luego su retirada en derrota. Algunos que intentaron cruzar el Duero, se sumergieron, y otros muchos, que procuraron entrar en Toro, agolpándose en el estrecho desfiladero del puente, acabaron al filo de la espada ó se ahogaron miserablemente en el río, que arastrando sus cuerpos mutilados, llevó á Zamora las nuevas de la terrible victoria. Tal fué el ardor y la furia de la persecución, que sólo la noche, que estaba más oscura que de ordinario, á causa de una tempestad, pudo salvar los restos de aquel ejército destrozado. Algunas compañías portuguesas, á favor de esta oscuridad, consiguieron burlar á sus enemigos, dando el grito de ataque de los castellanos. El príncipe D. Juan, retirándose con una parte de sus rotos escaudrones á una altura inmediata, consiguió, encendiendo luminarias y haciendo tocar sus clarines, reunir á su lado una parte de los fugitivos; y como la posición que ocupaba era demasiado fuerte para ser forzada con facilidad, y las tropas de Castilla se hallaban demasiado cansadas, y muy satisfechas, por otra parte, con su victoria, para intentarlo, se mantuvo en esta posición hasta la mañana siguiente, en que hizo su retirada á Toro. El rey de Portugal, que no parecía, se supuso que habría perecido en la batalla, pero por las noticias que se recibieron al otro día ya bastante tarde, se supo que había escapado sin daño en su persona y con tres ó cuatro de los suyos solamente, al castillo fortificado de Castro Nuño, distante algunas leguas del campo de batalla.

Muchos de sus soldados que intentaron marchar á su país atravesando la frontera, fueron mutilados ó asesinados por los españoles en represalias de los bárbaros excesos por ellos cometidos cuando invadieron á Castilla; pero don Fernando irritado de tan fiera conducta, despachó órdenes para la protección de sus personas dando salvoconductos á los que deseaban volver á Portugal, y con una humanidad más honrosa y más rara también que los triunfos militares, distribuyó ropas y dinero á aquellos

de los prisioneros que entraron en Zamora y que de todo carecían, facilitándoles la vuelta segura á su país.

El monarca de Castilla permaneció en el campo de batalla hasta después de media noche, en cuya hora volvió á Zamora, adonde le siguieron por la mañana el cardenal de España y el almirante Enriquez, á la cabeza de sus victoriosas legiones. Cogiéronse en la acción ocho estandartes y la mayor parte de los equipajes, y más de dos mil enemigos fueron muertos ó hechos prisioneros. La reina doña Isabel, al recibir las nuevas de la victoria en Tordesillas, en donde se encontraba, ordenó una procesión á la Iglesia de San Pablo de los arrabales, á la cual asistió en persona con los pies desnudos y con la mayor humildad, y dió muy devotamente las gracias al Dios de las batallas por la victoria con que había coronado sus armas.

Fué ésta ciertamente una victoria muy feliz, no tanto por la pérdida inmediata que el enemigo sufriera, cuanto por la influencia moral que ejerció en Castilla. Los que antes vacilaban en su fe, y que, según el enérgico lenguaje de Bernaldez, *estaban á viva quien venza* y dispuestos á colocarse del lado del más fuerte, ahora proclamaban abiertamente su fidelidad á D. Fernando y doña Isabel; y muchos de los que se habían levantado en armas, ó manifestado por otros medios su hostilidad al gobierno, rivalizaban ahora entre sí en demostraciones de la más leal sumisión, y procuraban acomodarse en los mejores términos que podían; contándose entre éstos el duque de Arévalo, si bien éste hacia ya hace algún tiempo que había hecho proposiciones al efecto por medio de su hijo, juntamente con el gran Maestro de Calatrava y el conde de Ureña, su hermano, los cuales experimentaron la benignidad del gobierno, siendo confirmados en la entera posesión de sus estados. Los dos principales delincuentes, el marqués de Villena y el arzobispo de Toledo, hicieron todavía algún tiempo una sombra de resistencia; pero después de haber presenciado la demolición de sus castillos, la toma de sus villas, la deserción de sus vasallos y el secuestro de sus rentas, se dieron por satisfechos con comprar el perdón á costa de